



GEDEON ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

GEDEÓN

DIPUTADO A CORTES POR MADRID



SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

SE PUBLICA LOS JUEVES

DIEZ CÉNTIMOS el número

ADMINISTRACIÓN

Costanilla de los Angeles, 1

TELÉFONO 1.125

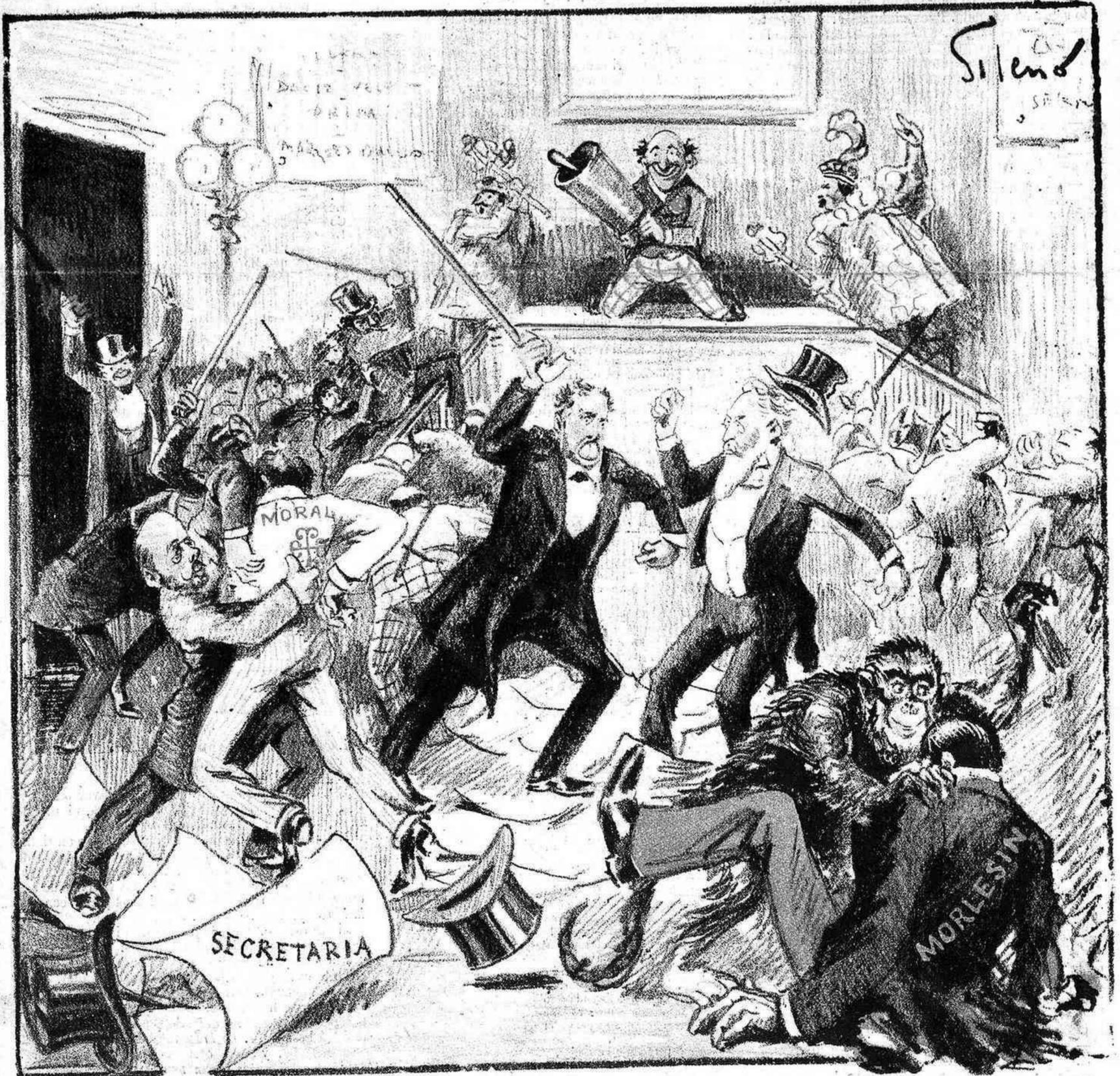
Madrid, trimestre	1,50 pesetas.
Año	6 »
Provincias y Portugal, trimestre	2 »
Año	8 »
Número atrasado	0,25 »
25 ejemplares	1,50 »

AÑO II.

Madrid 25 de Junio de 1896.

NÚM. 33

TARDES DEL CONGRESO



Lit. Jesús del Valle, 36.

LA ANARQUÍA MANSA

LOS JUEVES DE GEDEON

—Nunca te he visto, Gedeón, con una cara tan alegre; ¿qué te sucede?

—Dos cosas altamente satisfactorias, amigo Calínez, y que me regocijan como español y como diputado, ó sea, como hijo de la patria y padre de la misma.

—¿Estás casado con tu madre, infeliz Gedeón; digo, eres padre de la mujer que te engendró? Sácame de esas terribles dudas.

—No quiero en este instante, y además, no soy yo el único que ha cometido el terrible incesto que me atribuyes. Todos los diputados somos igualmente Edipos, y a nadie le extraña, como á ti, que resultemos á la vez hijos y padres de la patria, ó sea abuelos de nosotros mismos. En último caso, que le proccesen por ello á Morlesín, que es el mayor abuelo de todos.

—Bueno, no discutamos; pero dime los motivos de tu alegría.

—Los motivos de mi alegría son los siguientes: como español, que ya tenemos presupuestos, y como diputado, que tenemos asientos de rejilla.

—¿Dónde, en la Cámara baja?

—Naturalmente; ¿dónde tomamos asiento los diputados sino en la Cámara baja, ó quieres que nos pusieran la rejilla en la Cárcel Modelo?

—No, porque parecería que os sentábais sobre algunos suplicatorios y eso iba á resultar de pésimo efecto. ¿Vaya, hombre, y tanto te ha regocijado la obra del ministro de Hacienda?

—Muchísimo; como que de hoy en adelante, merced á esos potentes presupuestos, ocurra lo que ocurra, nadie podrá temblar en España.

—¿Qué me cuentas, Gedeón?

—Lo que oyes. Tú habrás oído decir siempre: tiemblo como un azogado. Pues bien; Navarro Reverter nos empuña el azogue, y nos quedamos sin temblar. Hasta ahora la es, añola infantería era valiente porque sí; desde hoy seguirá siendo valiente porque sí y por el ministro de Hacienda con sus dos apellidos.

—Bueno, Gedeón, comprendo esas ventajas del empeño del azogue, ¿pero qué pensarán los espejos?

—¿Y qué pueden importarnos los espejos teniendo la cabeza de Navarro Reverter?

—Me has convencido. Desde hoy me afeitare ante el presupuesto de ingresos.

—No; para afeitarnos es mejor el de gastos; sobre todo, con Beranger en el ministerio, no queda un cañón.

—¿Pues qué se hizo del que inventó Lloréns?

—Lo tiene Mella en la garganta, para el primer discurso que pronuncie conteniendo con León y Castillo.

—Y dime, Gedeón: ¿por qué presentan siempre los ministros de Hacienda los presupuestos al Congreso cuando os ponen asientos de rejilla?

—Lo hacen en cumplimiento de un precepto constitucional.

—¿Caramba! ¿También ordena la Constitución que se discutan los presupuestos en una Cámara agujeada? ¿Será para advertir á los ministros que ya hay bastantes agujeros?

—No, hombre; eso depende de la estación; los preceptos constitutivos á que tú te refieres, dicen así:

«Art. 115. (Supongamos que ese es su número.) Llegado el mes de Junio, todos los españoles empeñarán las capas.

»Art. 116. Para la primera decena de Julio, los ministros de Hacienda empeñarán á todos los españoles.»

—¿Claro!

«Art. 117. Habiendo empeñado los españoles sus capas, y los ministros á los españoles, se pondrán asientos de rejilla en el Congreso de los Diputados.»

—¿Y tan frescos! ¡Qué admirable Constitución!

—Pues esta vez, amigo Calínez, tenemos todavía más motivos para regocijarnos. El ministro de Hacienda empeña, ciertamente, en los presupuestos todo lo empeñable; pero viene el ministro de Ultramar, y le deja chiquito.

—Hazme el favor, Gedeón, de no aludir más á la estatura del Sr. Castellano, porque á mi no me parece discreto molestar á las personas. Cuenta de él lo que quieras, pero no hables de su talla.

—Sin inconveniente, amigo Calínez; pero si yo no hablo de la talla del ministro de Ultramar, ¿quién va á hablar de ella?

—Nadie, naturalmente; pero eso es lo que reclama la justicia; y ahora dime: ¿cómo le ha dejado grande á Navarro Reverter?

—Pues con un proyecto de ley que no tiene más que un artículo, eso sí, pero sabroso. Has de saber, amigo Calínez, que en virtud de ese proyecto, autorizamos al Gobierno para que contraiga, con destino á la guerra de Cuba, todos los empréstitos que quiera, y respondemos de la amortización y de los intereses de esas deudas con todo lo que tenemos aquí y en la gran Antilla.

—¿Sí? pues ya estoy oyendo decir á los españoles: ahí nos las den todas. ¿Me quieres hacer el favor de indicar, Gedeón, qué tenemos aquende ni allende los mares?

—Eso no, Calínez; tenemos trampas en ambos sitios.

—Pues ya que hablaste de la guerra de Cuba, he

de decirte, Gedeón, que he visto en un periódico extranjero una caricatura que me ha hecho muchísima gracia.

Queriendo sin duda ese periódico, que si no estoy equivocado es el *New York Herald*, describir gráficamente la ignorancia en que estamos casi todos, respecto á las cuestiones cubanas, pinta un rucio sentado sobre sus patas traseras, y que con los remos delanteros sostiene un libro. En el lomo de ese libro dice: *Memoria acerca de la isla de Cuba*. El rucio tiene puestas unas antiparras, y debajo de la caricatura, para que no se dude de lo que hace el protagonista, esta palabra: «Lée».

—La ocurrencia es ingeniosa, Calínez, porque, efectivamente, con relación á Cuba se dicen, se leen y se escriben muchos disparates, gracias á que los yankees estudian con verdadero amor cuanto se refiere á la gran Antilla, y como fruto de sus estudios nos proponen después medidas salvadoras.

Ahora mismo, el Cónsul de los Estados Unidos en la Habana, ó sea el general Lée, ha redactado un informe luminosísimo, para que su país nos alivie del peso de Cuba.

—¿Y dónde las leído tal cosa, Gedeón?

—En el *New York Herald*.

—¿Dónde yo vi la caricatura del rucio?

—Ciertamente.

—¿Extraña coincidencia! ¿Sabes que se luce ese periódico si en vez de poner Lée pone Escribe?

—Realmente hubiese sido un *quid pro quo* del más puro estilo yankee. ¡Qué pueblo éste tan original; manda los chicos á la escuela cuando son ya generales!

—¿Por qué dices eso?

—Porque Cleveland, al salir para la Habana, el general de que hablamos le despidió con las siguientes frases:

«Vete, Lée y escribe.»

¡Si eso no es mandarle á la escuela!

—Tienes razón; pero si yo fuese el general Weyler, y los informes respecto á Cuba que al Cónsul yankee se le atribuyen resultasen ciertos, ¿sabes lo que haría? Meterle en el cuarto oscuro.

—Entonces malograbas su instrucción.

—No, Calínez, porque le encerraría con dos negros catedráticos.

¡MÚSICA! ¡MÚSICA!

I.

La aproximación

(Música de la Marcha Real)

Hay mucha gente-tonta que espera dar muy pronta y breve solución á nuestra situación y que ya cree-llegado el instante anhelado de una aproximación.

(bis)

Aunque lo diga-Blaseo, no se llevará chasco al pensar Gedeón de esta aproximación que nunca fueron-franceses los que en nuestros reveses nos dieron la salvación.

(Música de La Marsellesa)

¡Allons, enfants de la patrie! ya resuena en Galicia la voz contre nous de la tyrannie el pendón se despliega feroz, Entendez vous dans les campagnes vuestros hijos en Cuba morir: ved los yankees hozando venir égorger vos fils, vos compagnes.

Aux armes, citoyens formad el batallón, la salvación sólo de sí espere la nación.

(Marcha de Cádiz)

¡Rataplán! Vencedores del Tonkin y vencidos de Sedán, los supimos combatir, los sabemos apreciar. Si pensamos que por fin sus auxilios nos darán, es sufrir nuestro deber, resistir

y aguardar, ni dejarnos convencer, ni quererlos halagar.

¡Viva España! ¡Que vivan los valientes, si vieuen á ayudar á quien jamás auxilio les supo demandar, que con su ayuda ó solos salvamos nuestro honor, si es con su ayuda, bueno será,

pero sin ella, mejor. Para luchar si nos tienden hoy los brazos,

no rechacemos sus abrazos, su generosa voluntad.

Para vencer como hermanos los tenemos y por la fé nos uniremos, nunca por la necesidad.

(bis)

II.

La fiesta «onomástica».

(Música de «Las Zapatillas».)

Coro de contribuyentes felicitand á Reverter en el día de su santo.

CORO.— Juanito, sentiré infinito que no aprueben tu proposición. Repara qué cosa más rara al leerla dice la nación: —¿Qué es esto? Otro presupuesto en que me hablan de nivelación? Yo me pasmo; ó esto es un sarcasmo, ó un infundio sin aprensión.

REVERTER.— El caso es que cuele el proyecto cual lo concebí.

ROTSCHILD.— El que pase todo, en efecto, me conviene á mí.

REVERTER (á Pidal).—A ver si hace usted que lo vote, amigo Pidal.

PIDAL.— Al que no lo vote al instante, le pongo un ronزال.

III.

Los milagros del padre Benito.

(Música de «El tambor de granaderos».)

LEGO.— Érase un general muy Martínez... tan Martínez como otro cualquiera, á quien quiso romper la mollera agraviándole otro general.

Una carta escribióle el primero, y Martínez juzgola insultante, y acudió á Cabriñana al instante que un remedio le dió de su mal. Nuestro padre nombró á otros padrinos, y Martínez se fué muy contento y al leerla otra vez ¡oh, portento! ¿qué dirés que en la carta encontró? ¿Más insultos?

CORO.— Pues vaya un milagro.

CORO.— ¿Otro lance? Dejáos de historias:

LEGO.— Cien excusas tan satisfactorias que Martínez contento quedó.

CORO.— ¡Que milagro! ¡Cielos! ¡Ah! ¡Qué Martínez! ¡Cielos! ¡Oh!

LEGO.— Cabriñana lo contó. Arreglado todo está.

LEGO.— Érase un Escobar muy contrito, érase un Valdeiglesias devoto, que esperaba el unánime voto para ser Secretario mayor.

A que todos votasen su nombre en su puesto tranquilo esperaba, pero vino Moral Calatrava y un camelo tremendo le dió. Valdeiglesias rezó dos latines, y á Pidal acudió muy furioso, y al quejarse del chasco horroroso ¿no sabéis que le dijo Pidal?

CORO.— ¿Que se limpie?

LEGO.— No d.jo tal cosa.

CORO.— ¿Que se vaya?

LEGO.— ¡Jesús, qué inocente!

Que en *La Época* anuncie á la gente que se quiere volver liberal.

CORO.— ¡Que milagro! ¡Cielos! ¡Ah! ¡Qué marqués! ¡Canastos! ¡Oh!

LEGO.— Peña y Goñi lo escuchó: Zeda en griego lo pondrá.

DE OJEO

Las ocupaciones de padre de la patria son tan numerosas y embargantes, que á nuestro ilustre amigo Gedeón no le dejan tiempo ni aun de enjugarse la calva, lo mismo que le sucede al Sr. Navarro Reverter, que tampoco se enjuga, ni la calva, ni mucho menos el déficit de la Hacienda española.

No puede, pues, Gedeón dedicarse, como en tiempos mejores, á recorrer con la vista las planas de los diarios, ni á saborear las lindezas que contienen. Fruta prohibida son para él ya las revistas de salones y demás incitantes y apetitosos platos con que *in illo tempore* se regalaba.

Sin embargo, ayer, hojeando un diario para enterarse de cómo se borran los agravios entre gente gorda, campando cada cual por sus respetos, topó casualmente con varias noticias de sociedad, cuyo texto comenzaba así: «Son muchas las bodas aristocráticas que han de celebrarse en breve...» y ante perspectiva tan halagüeña no pudo reprimirse, y se lanzó á la lectura. En breve también se enteró de lo que deseaba, y entre otras cosas, de que á cierto novio le han regalado un mueble, estilo Imperio antiguo.

NUESTRO FOLLETON

Firmes siempre en el propósito de que nuestros lectores sean menos cada vez, y correspondiendo al creciente favor de los que habitualmente dejan de leerlos, comenzamos hoy la publicación de la novela traducida indirectamente del francés,

EL ÚLTIMO INFUNDIO DE ROCAMBOLE

La daga putrefacta

obra que ha causado en París más efecto que los trajes de cuadros de Bonafoux.

Sus lances extraños (los de la novela), sus escenas interesantísimas y originales (del francés), sus dramáticos episodios, tienen al lector constantemente en un grito, y puede asegurarse que

EL ÚLTIMO INFUNDIO DE ROCAMBOLE

conmueve, interesa y emociona, lo mismo al jornalero que al artista, al hombre sólo de gabinete que al de gabinete con alcoba, al académico y al afinador de pianos.

Nuestro Folletón se leerá con la misma avidez en las porterías que en los despachos de los Ministros, y es posible que se pronuncie con más ortografía en aquellas que en éstos.

Para satisfacer los muchos pedidos que se nos dirijan de

La daga putrefacta

hemos dispuesto tirarla aparte, que es lo mismo que hace con la suya el distinguido hombre público don Francisco Silvela.

Nada más diremos á nuestros lectores en encomio de

EL ÚLTIMO INFUNDIO DE ROCAMBOLE

pero seámos licito manifestar que el Gobierno ha levantado el arresto al general Martínez Campos, con el fin de que pueda leer nuestro infundio y tomar parte en la discusión del Mensaje.

Novela que antes de publicarse consigue tales éxitos, tiene necesariamente que agrandar más á los lectores cuanto menos la lean.

Sirvanos esta satisfacción de recompensa á los muchos sacrificios que nos hemos impuesto, traduciendo del francés con los mismos galicismos que emplean nuestros más distinguidos literatos al escribir en castellano, la genial, asombrosa y estupefaciente novela

EL ÚLTIMO INFUNDIO DE ROCAMBOLE

La daga putrefacta

Luna 6.

... y armas al hombro

Dice un colega:

«El señor ministro de Ultramar ha leído en el Congreso un proyecto de ley prorrogando con ciertas condiciones, los plazos para la construcción de líneas férreas en Puerto-Rico.»

La política conservadora no puede ser más definitiva ni más constante.

Prórroga á la Tabacalera.

Prórroga á las compañías ferrocarrileras de la Península.

Prórroga á los ferrocarriles de Puerto Rico.

Y... se continuará.

A todo Dios prorrogando y con el mazo dando.

—Es segura una alianza franco-hispano-rusa.

—¡Caramba! ¿te lo ha dicho el Czar?

—No.

—¿Te lo ha contado Faure?

—Tampoco.

—¿Lo sabes por Cánovas?

—Mucho menos.

—¿Pues en qué te fundas?

—En que se ha celebrado en la Coruña una corrida de toros.

—No digas más; el pacto existe.

—¿Qué te dije yo?

—El pacto existe, ¡y sellado con sangre!

Leo en un diario:

«Entre las reclamaciones que se han dirigido al Gobierno español, figura la de un americano que pide se le indemnicen por haber perdido un caballo.»

Será la pareja; pero ¿qué le vamos á hacer?

Que se enganche con limonera de hoy en adelante.

Otro recorte:

«La subasta para surtir de efectos de escritorio á

las oficinas del Ayuntamiento de Madrid tampoco se ha efectuado hoy.»

Que me place.

Cuanto menos tinta, menos borrones.

La primera enmienda al discurso del Mensaje la presentó el Sr. Comas.

—¡Bah!—diría el Gobierno—eso no tiene importancia.

Es enmienda de puntuación.

Pero el Sr. Comas, sin desmentir su apellido ortográfico, se dedicó á poner al Mensaje no comas, sino más bien puntos sobre determinadas íes.

Véase la clase:

«¿Traerá el señor ministro de Estado esos documentos? (dirigiéndose al señor duque de Tetuán.) ¿Los traerá? (Momentos de pausa.) ¿No ha llegado mi voz hasta su señoría? (Otra pausa. Risas y rumores.)

El Sr. Comas, debió añadir, dirigiéndose al duque:

—¿Es con usted, ó con el señor representante de Suecia, con quien tengo el honor de hablar?»

Y prosigue D. Augusto en el uso de la palabra:

«¿Es que también el ministro de Estado se negaría á presentar documentos del tiempo de los godos por suponer que podían perjudicar las relaciones diplomáticas?»

No digo yo esas, pero otra clase de relaciones quizá se perjudicaran al hablar de los godos.

Por ejemplo: ¡cualquiera habla de la placa de San Hermenegildo, del general Borrero!

Y ¡más godo que San Hermenegildo!...

Ecos parlamentarios del Sena lo:

«Había mucha curiosidad por ver el recibimiento que los senadores hacían á su ilustre compañero el general Martínez Campos.»

Pues ya puede usted figurárselo.

Todo el mundo con cara de duelo.

Menos el general.

Noticia gastronómica:

«Esta noche se verificará en Lhardy el banquete con que obsequian al Sr. Pidal los vicepresidentes y secretarios del Congreso.»

Aconsejamos al Sr. Pidal que no se exceda.

Porque ya sabe que la gente parlamentaria todo lo hace á lo grande.

Y sus banquetes no son banquetes.

Sino banquetazos.

Anuncian los periódicos que á D. Javier de Burgos le van á erigir una estatua en Cádiz.

Nos parece algo prematuro erigirle eso.

¿Qué ha hecho D. Javier de Burgos para que le inmortalicen, ora sea en bronce, ora sea en mármol? Siquiera Sagasta tiene por sobrina á media humanidad.

Y D. Javier sólo tiene primos.

Pero, en fin, pueden juntarse ambas estatuas con la del marqués del Pazo de la Merced, que figura ó figurará en Vigo.

Y ya tenemos un entrés de estatuas.

Ahora, ustedes elijan.

Y á propósito, ¿por qué no le hacen una estatua al Sr. de Marcoartú?

Ecuestre, por supuesto.

Porque son muchos los que le tienen montado en las narices.

Xenofonte Gallego trascribe en letra bastardilla las últimas palabras del general Weyler:

«Con los nuevos refuerzos de la Península, cuyo envío se anuncia para el otoño, tiene la seguridad de acabar con la insurrección en la próxima primavera.»

Pues sólo nos falta una cosa.

Saber quién es el primavera á quien se alude.

Nos ha salido la criada respondona.

Es decir, que el general Lée, cónsul general de los yankees en Cuba, ha escrito ya á su Gobierno poniéndonos verdes y declarándose partidario de los insurrectos.

—No me extraña, Gedeón amigo, porque al fin y al cabo ¿no es yankee ese señor?

—Yankee de cabo á rabo.

—¿De cabo á rabo? Pues ¡justamente! le sucede lo que al del cuento.

—¿No dices que se llama Lee?

—Lee se llama.

—Pues ¡lo mismo que el del cuento! Lee... pero no prenuncia.

ÚLTIMA HORA

Concluimos dando á nuestros lectores una noticia muy triste.

Tenemos un escritor menos.

El ilustre novelista D. José Maria de Pereda, que poco hace pasó por la corte, de vuelta de un viaje á Andalucía en dirección á Santander, está acabando... de escribir su discurso de recepción en la Academia

¡Séale ligera la proverbial modorra de la casa!

Imprenta de J. Corrales, calle del Tesoro, núm. 40

Vamos, Imperio asirio, ó persa, ó caldeo, que son de lo más antiguo que se conoce.

Aunque bien podría suceder que el revistero hubiese querido decir un mueble antiguo, esto Imperio, y en ese caso ya no resulta el regalo ni tan antiguo ni tan disparatado.

Porque hay que pensar el efecto que le produciría á una recién casada contemplar á su novio sentado en una silla de Ninive ó cosa por el estilo.

Estos revisteros siempre ideando cosas babilónicas.

* *

De las noticias de sociedad, pasemos á las de toros, mediante una ingeniosa transición, y allí nos enteraremos de que un esada entró á matar como el que se arroja á un pozo sin fondo, y en verdad que aún no hemos podido averiguar qué clase de pozos sea ese.

¡Oh! apreciable revistero, si existiesen pozos sin fondo, irían á dar á los antipodas, se abreviarían considerablemente una infinidad de viajes y el marqués de Comillas no ganaría un céntimo.

Pero puede tranquilizarse el señor marqués. Todos los pozos tienen fondo: hasta el Sr. Villaverde, como Pozo silvelista; hasta el Sr. Sánchez Moguel, en clase de pozo de ciencia.

Y los pozos que no tienen un fondo, es porque tienen muchos.

Con ingenio soberano,
Sánchez Moguel, escribió
un discurso tan galano,
que resucitó á Herculano.
¡Bueno! ¿pero á quién mató?

Se ha publicado un libro que se titula *Clinica egregia*.

¡Demonio, vaya un título comprometido!

Porque yo juraría que la gente va á buscarle algunas referencias harto atrevidas.

Si en vez de *egregia*, dijera *eximia*, que es casi lo mismo, ya no le chocaría á nadie.

Pero, no; esta vez la fantasía pública no va por el lado de doña Emilia.

El amigo Blasco sigue durmiéndose á lo mejor:

Hace días dijo que á una fiesta ciclista habían asistido más de seiscientos poseores de los primeros títulos de Francia.

Y lu go añadia:—«Los periodistas y literatos estaban todos.»

¿Cómo estaban? ¿Chiflados? ¿Cuertos? ¿Vestidos de mamarrachos? ¿Disfrazados de poseores?

Está bien, eso de vivir deprisa, amigo D. Eusebio, pero no tanto, señor, no tanto.

Por espíritu de delicadeza, y en justo homenaje á la verdad, debe nos advertir que la parte litográfica del presente número estaba ya tirada cuando ocurrió la desgracia que aflige á un distinguido hombre público. De otro modo no hubiese figurado éste en nuestra caricatura, pues sus grandes y recientes penas merecen todo género de respetos.

LOS JUANES

Gedeón, que ya gastó buena parte de sus años para obsequiar á los Pepes amigos suyos, ha vuelto á estar de compras con motivo del día de San Juan, en que celebran su fiesta onomástica no pocos señores, también intimos de nuestro Jefe ilustre, y también obsequiados por él en la forma que sigue:

A D. Juan Navarro Reverter.—Una peluca para él y otra para los presupuestos.

A D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.—Una pareja de momias egipcias (momio y momia).

A D. Juan Comba.—El *Port folio* fotográfico de *El Imparcial* y una fotografía del padre Cámara... algo oscura.

A D. Juan Valera.—Unos chirimbolos.

A D. Juan José Herranz.—Un drama parlamentario en tres actas. No lleva título, pero en cambio le lleva el Sr. Herranz.

A Juan de las Viñas.—Todavía no está elegido el regalo, pero tiene que ser algo despampanante.

Al conde de Cheste.—La *Divina Comedia* vertida... y el cacharro roto.

A D. Juan de la Concha Castañeda: Los años.

A Juan Palomo: Los faldones del Sr. Campillo.

A D. Juan Vazquez de Mella.—Una boina de Piave y algún morral de sus amigos políticos.

A D. Juan Pérez Zúñiga.—Una elocuente amistad de nuestra prueba cariñosa.

A Juanito Pidal.—Un *Heraldo* en bicicleta para que circule más que *La Correspondencia*.

Al señor marqués de Figueroa.—Una gaita contencioso-administrativa.

A Juan Soldado.—Paciencia y unos naipes.

EL ÚLTIMO INFUNDIO DE ROCAMBOLE

La daga putrefacta

Novela traducida indirectamente del francés.

CAPÍTULO I

¿Momia ó cadáver?

Anocheía como anochece invariablemente en el primer capítulo de las novelas de folletín. Densos nubarrones, que combatidos por el viento cambiaban á cada instante de forma lo mismo que ciertos políticos, entoldaban el cielo.

El sol, un pálido sol de Enero, con más pecas que brillo, á semejanza del rostro de D. Amós Salvador, enviaba ya desmayadamente á la tierra las dos guías lujuriantes de sus mostachos de oro.

Todo era tristeza y silencio en la desolante orilla del Manzanares.

Por el camino que, bordeando la tapia de la Casa de Campo, marcha hacia la pradera del Corregidor, discurría un hombre.

El hombre que discurría no era sin embargo D. Venancio González.

Algo misterioso había en su aspecto. Podría tener como de cuarenta á sesenta años.

Su barba era gris; su paletó de moda atrasada. Llevaba lentes. A veces se detenía y auscultaba el silencio.

¿Qué podía esperar en aquella orilla del Manzanares? ¿Acaso la cuenta con la lavandera?

No, no era eso. Sonó lenta y gravemente la campana de San Antonio de la Florida con las melancólicas notas del *Angelus*.

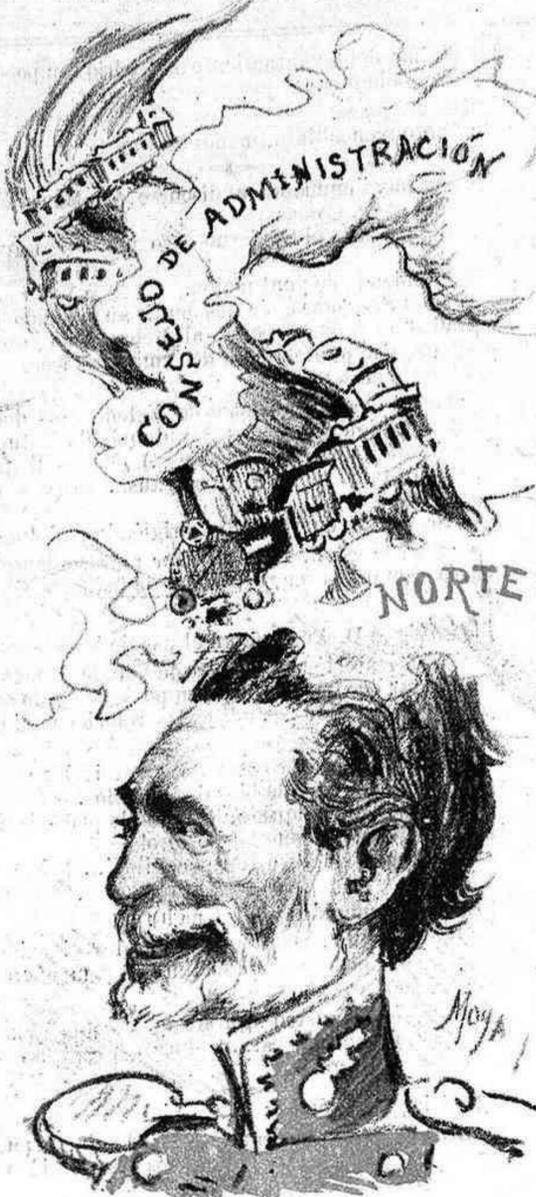
Nuestro hombre se descubrió con la mayor unción, y dando á su voz, de tono simpático, inflexiones de las más pura religiosidad, exclamó:

«¡Angela María!»

Después se detuvo. Tal vez en el silencio del anochecer, habría oído pasos misteriosos. Prestó atención; los pasos no se repetían. Lleno de confianza empezó de nuevo su camino.

Pero alguien más observador ó más sagaz que él hubiese visto que, recatándose en la sombra, seguía desde há largo rato á nuestro protagonista otro hombre de aspecto torvo y siniestra catadura.

Deteniase receloso al pié de cada árbol y continuaba luego su camino, sin dejar de espiar un sólo instante al primero de los personajes de que hemos hablado.



Con el tapé de sus mejores tiempos.

LA VERBENA DE SAN JUAN NAVARRO REVERTER



«Según costumbre tradicional, anoche, al sonar los míseros cuatro cuartos para las doce en el simbólico reloj del Banco de España, metieron la cabeza en la fuente los principales capitalistas de esta corte, capitaneados por el señor ministro de Hacienda.»

(Noticia fresca de Mestre y Martínez.)

A veces se llevaba nerviosamente la mano derecha al costado izquierdo y parecía que iba á caer, blandiendo al siniestro puñal sobre el espía; pero tras un momento de vacilación, se rascaba.

Así caminaron treinta pasos. En esto el que iba delante se detuvo, y asomándose al málecón del Manzanares, graznó como un diputado primario.

La respuesta no se hizo esperar; otro graznido lejano le contestó lo mismo que el ministro de turno.

Por la cara del contestado pasó una oleada de satisfacción, pero antes de que ésta se hubiera extinguido, el hombre de siniestra catadura que espiaba sus pasos, arrojó sobre él, y con un denso pañuelo con hierbas, le amordazó diestramente.

Fué un momento terrible. Nuestro protagonista nada hizo para defenderse de la agresión, pero sacando del bolsillo un pequeño silbato de plata, se lo llevó á los labios.

Aquel agudo silbido que impetraba socorro resonó por las orillas del Manzanares, y antes de lo que tardamos nosotros en decirlo, diez hombres, cayéndose de las ramas de los árboles próximos, acudieron en auxilio del amordazado.

El primero que llegó, dijo: ¡aquí nos tienes, maestro! Habla, ¿qué quieres?

Y el misterioso personaje á quien, llamaban maestro los recién venidos contestó:

—Mirad si hay detrás de mí un hombre.

—Un hombre hay que te amordaza fuertemente. Pedidle un acta.

Se la pidieron y como si se hubiera removido todo el fango del Manzanares, un insoportable hedor contaminó la atmósfera.

—Ese hombre que me amordaza, dijo el maestro, debe tener el acta y aun la ropa sucia; aprisionadle.

Los diez hombres lo hicieron así y desmordzaron al maestro, que dió un suspiro de satisfacción como aquel que no ha respirado durante largo tiempo.

Mientras tanto, el miserable revolcándose en el suelo, decía: ¡no me matéis y os enseñaré el cadáver de vuestro compañero!

Ese hombre miente, dijo Dato de Ira, que era uno de los recién llegados; ningún compañero nuestro es el cadáver de que habla.

—No te exaltes, Dato de Ira, respondió el maestro. Tal vez la daga encantada no haya servido á alguno de los nuestros.

—Yo os juro, repitió el miserable, que uno de vuestros compañeros es ya cadáver, y si me concedéis la vida os guiaré hasta donde se encuentra; si me la quitáis no puedo.

El maestro reflexionó largo rato y después dijo:

—¡Tienes razón! ¡Guíanos!

El miserable, fuertemente agarrotado, comenzó á andar con paso ligero.

Detrás seguía el maestro. Detrás los diez hombres que acudieron á su socorro.

Cerraba ya la noche con su terrible cortejo de sombras, y desgarrando éstas, asomaba por el firmamento la cabeza del ministro de Hacienda.

(A seguir).

CINEMATÓGRAFO DE GEDEÓN

Gedeón, que es, por lo menos, tan admirador de los adelantos modernos como el Sr. Carbonero y Sol, padre de *La Civilización*, y como D. Ramón Necedal, nacido en *El Siglo Futuro*, ha adquirido un aparato cinematógrafo de gran precisión (aunque no de tanta como la marcha de los conservadores), en el cual expondrá las siguientes vistas que le han remitido al efecto sus constantes favorecedores:

1.ª Panorama interior de la Huerta á la hora de la merienda de los monos. (Remitida por varios diputados de la mayoría.)

2.ª Llegada de un tren del Norte, presidido por el señor Sagasta, al cual reciben con aplausos en la estación todos sus amigos políticos. (Remitida por D. Pablo Cruz.)

3.ª Intentos vanos de destrucción de las malas hierbas en el Ayuntamiento de Madrid. Al cabo, las únicas hierbas que se destruyen son las de un pañuelo de esos que se dejó olvidado el Sr. Angulo. (Remitida por el Sr. Marqués de Cabriñana.)

4.ª Destrucción de un Muro... y Carratalá por meterse á redentor. (Remitida por el Sr. Conde de San Luis.)

5.ª Interior del foyer de un teatro en el momento de estallar en él varios explosivos. (Remitida por D. Narciso Canpillo.)

6.ª Discusión política en las Cortes de Morlesin. El final de esta vista no pueden verlo las señoritas. (Remitido por el Sr. Lasties.)

7.ª El general Primo regando la Villa-Olea. Escena cómica preparada. (Remitida por el propio interesado.)

8.ª La Bolsa de París en el momento de recibirse un telegrama de Cuba. (Remitida por cualquier enañad conspicuo.)

9.ª D. José Canalejas enseñando á Xenofonte á lanzar la flecha del parto. (Remitida por el Sr. Suárez de Figueroa.)

10.ª Salida de las obreras y los obreros empleados en la Fábrica de chistes de Vital Aza y Compañía. (Remitida por el Sr. Ramos Carrión.)

11.ª Hundimiento de la Comisión de corrección de estilo del Congreso al entrar en ella el maestro Ferreras. (Remitido por D. Gaspar Núñez.)

12.ª Operaciones de carga y descarga, pero principalmente de carga, en el muelle de la estación del Norte. (Remitida por el Sr. Rodríguez San Pedro.)

13.ª D. Antonio, camino de la Plaza de Toros, dispuesto á banderillar los que le correspondan. (Remitida por el Sr. Morlesin.)

14.ª Operaciones mecánicas que preceden á la elaboración de un boceto de Amaniel. (Remitida por su íntimo el Sr. Clarín.)